



UN P. P. O. PARA LOS SEÑORITOS ANDALUCES

Los señoritos andaluces andan últimamente muy de capa caída. Como en estos tiempos la mejor forma de ser señorito es que no se note demasiado, los señoritos vascos, los señoritos catalanes, los señoritos gallegos, los señoritos de los Ministerios de Madrid les han cogido la vez. Porque ya la forma más rentable de ser señorito no es cogerse el caballo e irse a dar vueltas por la Feria de Sevilla o por el cortijo saludando democráticamente a los manijeros, sino contratar una estancia de quince días en un pueblo de vacaciones del Club Mediterráneo o vender el latifundio y comprar Telefónicas, que es lo bonito y lo seguro.

Como se están poniendo las cosas, ya no hay quien tenga dinero para sostener el tipo de señorito andaluz. Lo de los caballos se ha puesto por las nubes, y las pocas yeguas gordas que quedaban las vendieron al alza para anunciar los brandies del Puerto de Santa María por televisión o para que los turistas del Club Intersport puedan hacer la hora diaria de equitación que les cobró por anticipado en Frankfurt el tour operator de la tienda de la esquina. Lo de la manzanilla, tres cuartos de lo propio; ya los señoritos andan tocados del hígado y no beben más manzanilla que la de infusión, esa bolsita que parece un escapulario preconciliar. Y lo de no hacer nada, con el poco dinero que dicen que deja el campo, pues parece que lo han puesto casi imposible. Ya para no hacer nada no hay más opción que lograr que lo nombren a uno presidente de un consejo de administración.

Hay que reconocer también que consejos de administración hay realmente pocos en Andalucía, un país donde los negocios no se llevan todavía por sociedades anónimas, sino desde mesas de camilla familiares donde nunca falta una hija monja que quiere arrimar lo suyo para el convento. De forma que los señoritos andaluces, al venirseles abajo el bonito país de las maravillas feudales, poco pueden hacer. ¿Emigrar? ¿Adónde? ¿Trabajar? ¿En qué? ¿En qué cadena de montaje de la Mercedes Benz puede encontrar trabajo un señorito andaluz que poco más o menos sólo sabe de doma a la vaquera, de cacerías de perdiz con reclamo y doblar las palmas? Y si falla la emigración, no menos falla el turismo. Las empresas turísticas ya tienen sus presidentes de consejos, que suelen ser muy amigos de alemanes o de norteamericanos. Así que no quedaba más salida que el cine. Y créanme que me alegro. Me alegro que por vez primera desde que Fernando III convirtiera a sus guerreros en los fundadores del señoritismo andaluz, o sea, del siglo XIII a la fecha, se haya encontrado por fin una fórmula laboral para esta especie humana, que difícilmente se encuentra ya en el país como no sea en esas reservas naturales que son los Clubs Náuticos del norte.

Mi alegría ha llegado al ver a Máximo Valverde a todo color y a doble plana, en el poster central de una revista de corazón, como si fuera un actor inglés, un cantante norteamericano, con los mismos honores de sofisticación que se usan en estos casos para las rondedece en bikini de nuestras folklóricas y pops. Por ahí está el camino; Aún quedan en Andalucía muchos señoritos andaluces que podrían encontrar trabajo no en la casa Bayer, sino al lado de Ira de Fustemberg y de la Sarita. Sólo hace falta que el P. P. O. organice un curso de actores en agraz, modalidad y playboys. Ni que decir tiene que las enseñanzas deberían impartirse en Jerez. ¿Y los señoritos andaluces a la vasca de Neguri? Para esos no habría problema. Salían del chalet, cogían el Mercedes, después el Mirage particular y se plantaban en Jerez en un periquete. O en el Puerto Banús. Todo sería de alargar cada día el viaje un poco más en yate. Después de todo, más vueltas dan los andaluces que no son señoritos y los vascos que no son de Neguri para irse a buscar un jornal todos los días.

BURGOS

